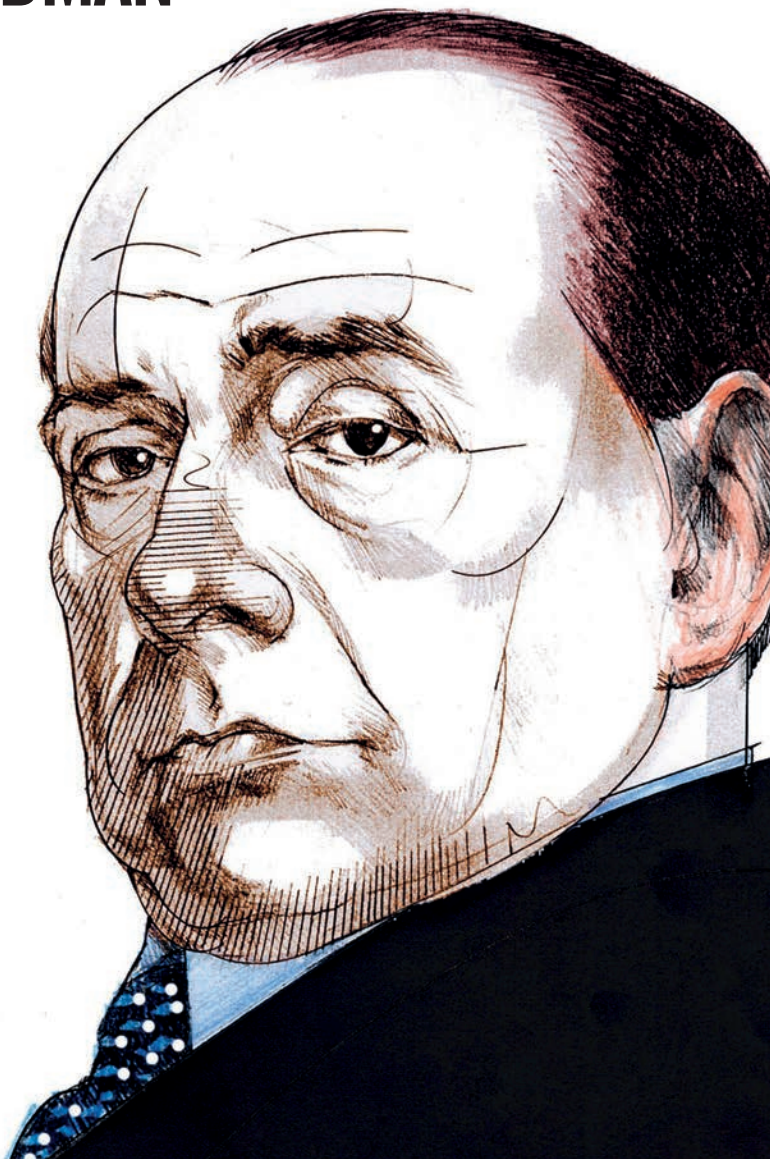
A SU MANERA

BERLUSCONI SE CONFIESA COMO NUNCA ANTES

ALAN FRIEDMAN



PENÍNSULA HUELLAS

A su manera

Alan Friedman

Berlusconi se confiesa como nunca antes

Traducción de Blanca Rodríguez

ediciones península

Título original: *Berlusconi. The Epic Story of the Billionaire Who Took Over Italy*

© Challian, Inc., 2015
Publicado de acuerdo con RCS Libri S.p.A., Milán

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2016

© de la traducción del inglés: Blanca Rodríguez Rodríguez, 2016

Las imágenes de este libro, excepto las que aparecen con el crédito
correspondiente, forman parte del archivo personal de Silvio Berlusconi.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
REINBOOK - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 15.144 - 2016
ISBN: 978-84-9942-546-7

ÍNDICE

Nota del autor 11

Prólogo 15

1. El seductor nato 23
2. El negociador 47
3. El magnate de los medios 69
4. *Apocalypse Now* 91
5. El primer ministro multimillonario 113
6. George Bush y el ataque a Sadam 139
7. Un amigo en el Kremlin 163
8. ¡Mujeres! 185
9. Sobornos, corrupción y mafia 207
10. Come, bebe y mata: el asunto libio 227
11. Intrigas internacionales 251
12. ¡Culpable! 299
13. El final 317

Agradecimientos 345

Índice onomástico 349

1

EL SEDUCTOR NATO

Silvio Berlusconi está solo en casa. Pasea por un jardín en medio de su finca de más de setenta hectáreas, cerca de los establos y del helipuerto.

Es pleno verano, y Berlusconi camina con las manos en los bolsillos por un sendero arbolado que conduce a su villa del siglo XVIII de setenta habitaciones. Nos acercamos a la enorme mansión por la vereda flanqueada por setos bien recortados y maceteros de terracota llenos de geranios. La avenida de césped cruza un arco de piedra y luego da paso a unos jardines extensos cubiertos de un césped impecable, con macizos de azaleas rojas, limoneros y setos, todo cuidadísimo.

No lejos de su casa, el multimillonario de setenta y nueve años se detiene. Sonríe, casi con un punto de timidez, con la cortesía y el encanto autocrítico que suelen desarmar a sus invitados, sobre todo a quienes esperan encontrarse con un *playboy* exuberante. Sonríe con la amplia sonrisa y la empatía que lo ha aupado al poder y que en los últimos veinticinco años le ha permitido transformarse de magnate de las comunicaciones en uno de los hombres más ricos del mundo, primero, y luego en el primer ministro de Italia cuyo mandato ha sido el más prolongado y, sin duda alguna, más controvertido.

—Esta —dice el hombre que ha dominado la vida en Italia durante décadas— es la casa más importante de mi vida.

Pese a que hace calor, Berlusconi lleva un jersey azul, una americana azul marino y unos pantalones deportivos de algodón. Camina haciendo crujir la gravilla bajo sus zapatillas Hogan y hablando de la importancia que la finca tiene para él, describiéndola como el lugar donde ha tomado todas las decisiones cruciales de su vida. Hasta donde alcanza la vista se divisan estatuas neoclásicas sobre pedestales de mármol, que parecen mirar por encima de los muros de los jardines.

De hecho, decir que estos jardines están inmaculados es poco. El orden impera en todas partes; el orden y la perfección. Todo es casi demasiado perfecto. La villa, grande y antigua, está situada en la campiña milanesa, en un pueblo lombardo llamado Árcore. Se llama Villa San Martino y se construyó a principios del siglo XVII sobre las ruinas de lo que fue un monasterio benedictino a partir del siglo XII. Berlusconi la compró en los años setenta y la restauró a lo grande. La equipó con más cachivaches que una película de James Bond, además de un establo lleno de caballos de carreras, un helipuerto para su helicóptero e incluso un campo de fútbol privado. La casa está decorada con buen gusto, si acaso con un pequeño exceso de tapices y obras de grandes maestros. Todos sus rincones son un popurrí de lo nuevo y lo antiguo, con una estética propia de los años ochenta que en su momento permitió a los nuevos multimillonarios italianos combinar incluso pinturas renacentistas con obras contemporáneas. Este es el motivo por el que, en los ochenta, muchos arquitectos e interioristas de la zona de Milán se enriquecieron mucho y muy rápido.

Berlusconi se dirige hacia la casa sin prisas, relajado y orgulloso, convencido de que no hay mejor manera de apreciar una gran villa italiana que empezando por fuera, con un jardín bien cuidado.

—Esta es la casa más importante de mi vida —repite un Silvio Berlusconi sonriente.

Y por vida, Berlusconi siempre se refiere a la pública tanto como a la privada, ya que a menudo ambas se mezclan y se superponen de una forma que a veces ocasiona escándalos, pero que también parece acabar por conducir siempre a esta villa.

Ahora habla de la primera visita de Mijaíl Gorbachov, en 1993, y de la larga tarde que pasaron juntos:

—Fue un día muy agradable, muy estimulante —recuerda—. Mijaíl Gorbachov vino con su esposa Raisa, que hizo buenas migas con mi esposa Veronica. Gorbachov quería reunirse con un importante empresario italiano y hablar sobre la economía, y me hizo muchas preguntas sobre los mercados financieros. A las cinco de la tarde nos sentamos a tomar un té y luego tenía previsto marcharse. Nos dirigíamos a la puerta para despedirnos cuando me dijo: «Pero Silvio, hay una cosa que no he entendido: ¿cuál es el ministro o la institución que establece el precio de venta de los productos?». Le pedí que me repitiese la pregunta, cosa que hizo: «¿Qué institución fija los precios?». Yo le dije: «Mijaíl, no te vayas, por favor. Quédate a cenar porque hay mucho que hablar todavía». Hablamos y hablamos, con ayuda de unas cuantas copas de un magnífico Rosso di Montepulciano. Le expliqué que en Occidente los precios no los determina un organismo del Gobierno, sino el mercado. Es la libre competencia. Me resultó increíblemente satisfactorio explicarle el funcionamiento del mercado capitalista a Mijaíl Gorbachov. Y él disfrutó del tiempo que pasamos juntos, o al menos eso me pareció.

Berlusconi describe las visitas a Árcore de su amigo Vladímir Putin y muestra el dormitorio que ocupó la última vez. No se le puede reprochar a ningún visitante que, mientras tanto, se pregunte en qué habitaciones se celebraron las supuestamente perversas fiestas «bunga bunga», dónde fueron las fiestas salvajes, las que pusieron en ridículo a Italia y humillaron a Berlusconi cuando estalló el escándalo entre 2010 y 2011, como un bofetón en medio de la peor crisis económica que haya conocido Europa.

Árcore. En la vida de Silvio Berlusconi, esta villa italiana es mucho más que el escenario de las visitas de Mijaíl Gorbachov, Vladímir Putin o la celebérrima Ruby Robacorazones. Es su residencia, su refugio, su centro de mando, su cuartel general. Fue aquí donde planificó y levantó su imperio inmobiliario, las ciudades satélite que lo auparon al estatus de multimillonario. Fue aquí donde tomó las decisiones que lo llevarían a transformarse en un magnate de las comunicaciones, con un imperio televisivo que se extiende por media Europa. Fue aquí donde inventó la televisión comercial en Italia y se convirtió en pionero en el panorama europeo de la década de 1980. Fue aquí, en estos refinados y casi demasiado impecables salones, comedores y salas barrocas, donde Berlusconi decidió comprar el A. C. Milan. Fue aquí donde decidió entrar en política, inventar y poner en funcionamiento un nuevo partido a nivel nacional y pasar de ser un empresario rico a ganar las elecciones a primer ministro en menos de noventa días a principios de 1994.

La villa se convirtió en la versión italiana de Camp David, la residencia de descanso del presidente de Estados Unidos. Años después se convertiría también en un búnker en el que Berlusconi se reuniría en sesiones nocturnas interminables con los abogados defensores, los batallones de letrados e investigadores y los ejércitos de asesores que lo ayudaron a hacer frente a la tormenta de más de sesenta acusaciones y juicios por cargos de corrupción, soborno, fraude fiscal e incluso prostitución de menores.

Árcore ha sido el Rosebud de Berlusconi, su brújula, su piedra angular. En la vida, en los negocios, en la política y en los asuntos del corazón y familiares. Fue aquí en Árcore donde su primer matrimonio llegó a su fin, fue aquí donde se celebraron las supuestas fiestas «bunga bunga», fue aquí donde vivió un año en libertad limitada y un seudoarresto domiciliario cuando el tribunal le confiscó el pasaporte y lo condenó a realizar servicios co-

munitarios en un asilo de ancianos con alzhéimer por el delito de fraude fiscal. Fue aquí donde urdió su regreso político en 2015. Fue aquí, en la capilla familiar, donde enterró las cenizas de sus padres y su hermana. Es aquí donde siguen viviendo su hijo, su nuera y sus nietos. Es aquí donde, a la edad de setenta y seis años, comenzó una nueva relación con una mujer casi cincuenta años más joven que él. Todo ha ocurrido aquí, en Árcore.

Me viene a la memoria la primera vez que vine a Árcore a ver a Berlusconi; fue en los años ochenta, cuando Tina Brown me pidió que escribiese un artículo para *Vanity Fair* sobre los «nuevos príncipes» del capitalismo italiano que estaban desafiando a Gianni Agnelli, el «rey sin corona de Italia». Eran los alocados y salvajes ochenta, una era dorada de nueva prosperidad que embriagaba a medio mundo, desde los *yuppies* de Wall Street hasta los financieros de la City de Londres, en una celebración interminable, con las economías floreciendo y la clase media en alza. Ronald Reagan y Margaret Thatcher gobernaban Estados Unidos y Gran Bretaña. En Italia, en los ochenta, Berlusconi era un hombre hecho a sí mismo, un advenedizo, un potentado que había medrado en poco tiempo, un magnate de la televisión y el mundo del espectáculo, un nuevo multimillonario que iba camino de convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo. Por aquel entonces, Berlusconi hizo que las élites financieras de Italia se sintieran especialmente incómodas debido a que su campechano estilo de hacer negocios lo había hecho increíblemente popular, y su fortuna, amasada en la televisión, lo había hecho más rico incluso que Gianni Agnelli, heredero de la añeja fortuna de Fiat y *playboy* urbano y cosmopolita metido a empresario industrial.

Reunirse con Silvio Berlusconi en Árcore era como viajar a una especie de Disneylandia para ricos. Todo estaba automatizado. Todo giraba en torno a la belleza, la perfección, el orden y, claro está, el hedonismo.

—Aquí está la piscina cubierta —dijo Berlusconi en 1989, mientras recorría la villa con un invitado. Enfundado en su característico traje Brioni de chaqueta cruzada se lo veía esbelto y en forma, con un bronceado que no lo abandonaba en todo el año y una energía y un entusiasmo de adolescente que resultaban contagiosos. Señaló a una pantalla gigante de setenta y dos pulgadas colgada a buena altura en la pared de la piscina. ¿Qué hacía allí?—. Así —dijo— puedo estar en la piscina y ver mis canales mientras nado.

Sonreía al mostrar la «zona de *fitness* y de descanso» situada junto a la piscina y que contaba con una sauna, un *jacuzzi*, un baño de vapor, un gimnasio y, la guinda del pastel, una zona de reposo construida con madera clara de pino escandinavo, llena de confortables sofás y ni más ni menos que nueve televisores colocados formando un tres en raya, cada uno emitiendo en directo uno de los tres principales canales de Berlusconi. Mi anfitrión señaló un panel extraíble que tenía un montón de botones para controlar la música, la iluminación ambiental especial o llamar al mayordomo. Hasta el baño guardaba una sorpresa: empotradas a cada lado del espejo había pantallas de dos pulgadas, todo un logro tecnológico para los años ochenta, en los tiempos en que no existían ni wifi, ni los led, ni Apple. Berlusconi me explicó, encantado:

—Así puedo ver mis canales mientras me afeito por las mañanas.

Poco ha cambiado en Árcore desde entonces, excepto su propietario, que se acerca a los ochenta años. Ha vivido una trayectoria que solo se puede describir como desbordante y, hoy, en su Italia natal es odiado y adorado por millones de sus compatriotas.

—Esta ha sido mi principal residencia durante más de treinta años —comenta mientras cruza el suelo de piedra gris pálido del cenador de la fachada delantera y se detiene ante el portalón de entrada. En el muro vemos un medallón esculpido. Parece un escudo de armas familiar, pero muestra la imagen de san Martín,

obispo de Tours en el siglo IV, cuyo santuario en Francia alcanzó popularidad como alto en el camino entre los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela. Los primeros monjes benedictinos que llegaron a Árcore y fundaron allí el primer monasterio hace casi mil años lo bautizaron con el nombre del santo cristiano. La capilla de la familia Berlusconi es la única estructura del siglo XII construida por la orden benedictina que se conserva.

El bajorrelieve grabado en piedra que Berlusconi está describiendo representa a un obispo a caballo cortando su capa en dos con una espada para darle una mitad a un mendigo ataviado solo con harapos en pleno invierno. De hecho, según la leyenda, cuando el ejército romano lo reclutó a la fuerza, san Martín comprendió que sus obligaciones eran incompatibles con la fe cristiana que había abrazado y se convirtió en uno de los primeros objetores de conciencia de la historia.

Berlusconi sonríe con sonrisa de multimillonario, sin rastro de ironía, mientras cuenta la historia de san Martín. La luz estival comienza a menguar al otro lado del patio de gravilla que hay frente a Villa San Martino, pero Silvio Berlusconi es efervescente, cálido, infatigable. Entra en uno de los incontables trasteros y rebusca en las pilas de recuerdos. Juguetea con una figurita cabezona de plástico de sí mismo mientras señala las estanterías atestadas de fotografías de Berlusconi con Rosa, su madre, Berlusconi con Barack Obama, Berlusconi con George H. W. Bush, Berlusconi con George W. Bush, Berlusconi con Tony Blair, Berlusconi con Bill Clinton, Berlusconi con Hillary Clinton, Berlusconi con la reina Isabel II, Berlusconi con el papa Benedicto XVI.

Plantada en una estantería llena de libros hay una fotografía de otros tiempos, descolorida y amarilleada, que muestra a un Berlusconi joven, vestido de cantante melódico en un crucero; un joven guapo ataviado con una chaqueta elegante, corbata y un sombrero canotier de paja, cantando con toda el alma ante un micrófono al estilo de los *night clubs* de los años cincuenta.

—¡Soy yo! —Berlusconi no puede contenerse—. Es una foto mía cantando cuando tenía dieciséis años. Mi *mamma* decía que siempre era el chico más guapo de la playa. —Dicho esto, pasa rápidamente a otra sala abarrotada de reliquias y trofeos del pasado.

De pronto, el aire de Villa San Martino se preña de nostalgia. Berlusconi es un cicerone simpático, siempre dispuesto a agradar. Se desvive por ofrecer un buen espectáculo. Es un animador incansable, un comercial desfachatado, un vendedor de sueños. A lo largo de los años ha sido como un Ronald Reagan italiano, con su afición a las gominolas y su bonhomía, y también es el hombre que se instituyó en el equivalente italiano de Margaret Thatcher pero nunca logró llevar a cabo la revolución liberal. Encandiló a los votantes con su carisma y su encanto, prometiéndoles bajar los impuestos, prometiéndoles la luna, dándoles palmaditas en la espalda y abrazando bebés: toda su vida y su carrera política ha sido un populista. Su lema parecía ser: «Nuestro objetivo es que los clientes queden satisfechos». Con el curso de los años ha llegado a ser también el dirigente europeo que más tiempo ha ostentado su cargo, y ha sido testigo de una serie de acontecimientos mundiales cataclísmicos, desde el final de la guerra fría hasta la muy caliente guerra contra Sadam Hussein, desde la Primavera Árabe y la destrucción de Muamar el Gadafi a la crisis económica que sacudió Europa en 2011 y casi hundió a su Italia natal. Por raro que parezca, la historia reciente ha reivindicado con frecuencia sus controvertidas opiniones sobre política internacional.

¿Cómo se las ha apañado? ¿Cómo ha logrado este hombre hecho a sí mismo, procedente de un barrio obrero de Milán, transformarse en un magnate de las comunicaciones multimillonario que ganó tres elecciones a primer ministro? ¿Cómo ha llegado aquel cantante melódico de crucero a dominar el destino de su país durante más de veinte años?

Berlusconi no tiene el más mínimo reparo en explicar el secreto de su éxito:

—Soy un seductor nato —dice, guiñando el ojo y luciendo su típica sonrisa hollywoodiense.

Silvio Berlusconi vuelve a sonreír. Sentado en su salón preferido, dando la espalda a la fuente de mármol blanco que se alza justo al otro lado de la ventana abierta, explica su estrategia vital para obtener lo que desea.

—Cuando mis enemigos me acusan de ser un seductor nato lo dicen como si fuera algo negativo —comienza—, pero siempre estoy abierto a otros. Respeto mucho a los demás y siempre intento imaginarme en su pellejo. Si veo que una persona es convexa, me hago cóncavo, y si alguien es cóncavo, me hago convexo. De esta forma, siempre consigo llegar a un entendimiento en lo personal; a crear sentimientos, química, con la persona con la que trato. Hay quien lo llama empatía, pero suele tratarse de una empatía que constituye un instrumento necesario que utilizo para alcanzar mis objetivos, para lograr una forma de colaboración cordial y afable.

El deseo de agradar, y el placer egocéntrico que surge de hacer sonreír a los demás, parecen estar muy enraizados en la psique de Berlusconi. ¿Qué clase de infancia dio como resultado a este joven encantador buscador de placeres? Tal vez sea un mecanismo de defensa; tal vez una forma de sacar partido a su encanto para conseguir un puesto, un trato, un negocio, un imperio. Esta necesidad de agradar, de ser servicial y de lograr sus propósitos a base de encanto resulta más fácil de comprender teniendo en cuenta cómo vino al mundo Berlusconi: a la antigua, en una familia de clase media-baja que en su primera infancia sufrió las privaciones de la Italia de la guerra.

Nació el 29 de septiembre de 1936, hijo de un cajero de banco llamado Luigi que acabaría por ascender a puestos directivos y de un ama de casa llamada Rosa que más adelante

trabajaría de secretaria en Milán, en la empresa de neumáticos Pirelli. La familia Berlusconi vivía en un pequeño apartamento de un barrio poco recomendable de Milán que recibía el nombre popular de «La Isla», una especie de tierra de nadie situada cerca de un puente para peatones que sorteaba las vías del tren y embutida entre la mugre de las dos estaciones de tren de mayor tamaño de la ciudad: la Porta Garibaldi y la Estación Central de Milán. Su hermana Antonietta nació en 1943, y su hermano pequeño, Paolo, nació tras el fin de la segunda guerra mundial, en 1949.

—El barrio tenía mucha vida; un poco barrio obrero, un poco clase media-baja, un poco duro —recuerda Fedele Confalonieri, amigo de infancia de Berlusconi—. No es que hubiera crimen organizado en el barrio, pero abundaban los tipos conflictivos. Era un barrio rudo. Me acuerdo bien porque nací en la misma calle que Berlusconi, en la vía Volturno. Tiene gracia: el edificio donde estaba el apartamento de los Berlusconi, me acuerdo bien, se encontraba justo enfrente de las oficinas del Partido Comunista.

Confalonieri recuerda que «entonces imperaba una especie de pobreza generalizada», sobre todo después de 1940, cuando Mussolini le declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña y entró en la segunda guerra mundial como devoto aliado de la Alemania de Adolf Hitler. Confalonieri y Berlusconi recuerdan los bombardeos de saturación de Milán, los bombardeos aliados de fábricas, iglesias, colegios, edificios de viviendas y comerciales que obligaron a tantas familias a huir de la ciudad y buscar refugio en la campiña colindante.

—Los bombardeos de Milán de los aliados en 1943 —dice Berlusconi— no se me olvidarán nunca. Yo tenía seis años y medio y me acuerdo de que un día cayeron bombas en la calle donde vivíamos, en la vía Volturno. A raíz de aquello mis padres decidieron abandonar Milán y vivir en el campo, en un pueblecito

de menos de mil habitantes. Estaba como a una hora al norte de la ciudad, cerca del lago Como, de camino a Varese. Allí no había peligro porque era una zona rural donde nunca se producían bombardeos. Mi madre tenía parientes allí, que nos acogieron y nos cedieron dos habitaciones para que durmiéramos.

En la primavera de 1943, poco después de que la familia Berlusconi huyera de Milán, Mussolini fue derrocado, los estadounidenses desembarcaron en Sicilia e Italia firmó un armisticio secreto con los Aliados según el cual cambiaba de bando y abandonaba a Hitler. La respuesta de los alemanes fue invadir Italia, ocuparla y someterla con rapidez. Los bombardeos aliados sobre Milán, ocupada por los alemanes, continuaron.

—En 1943 pasó todo muy deprisa —dice Berlusconi—, y como mi padre era antifascista, sus amigos le aconsejaron que se fuera de Italia y escapase a Suiza. Así que cruzó la frontera con Suiza y allí nos quedamos nosotros en aquel pueblecito, solos en medio de la nada y sin mi padre. De repente, mi madre tuvo que cargar con todo. En aquel entonces iba y venía a diario a Milán, donde trabajaba de secretaria del director general de Pirelli. Milán era peligroso por los bombardeos, lo recuerdo como si fuera ayer. Se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, caminaba tres kilómetros hasta la parada del tranvía, donde tomaba un tranvía hasta la estación de ferrocarril, luego cogía el tren a Milán, y allí otro tranvía para llegar hasta el trabajo. Salía de trabajar a las cinco de la tarde y volvía al campo. Yo iba a esperarla todos los días. Por las mañanas me quedaba tristísimo cuando se volvía a marchar y me acuerdo de que siempre me daba un beso antes de irse.

Al recordar, Silvio Berlusconi empieza a dar golpecitos nerviosos con el pie izquierdo. Señala que el tiempo que pasaron durante la guerra en el pueblecito lombardo de Oltrona di San Mamette, a unos cuarenta y cinco kilómetros al noroeste de la ciudad, no vivía solo con su madre.

—Teníamos con nosotros a dos de mis abuelos, el padre de mi madre y la madre de mi padre. Así que mi madre acabó manteniendo ella sola a cinco personas, y la comida escaseaba.

No cabe duda de que pasar tres años en una vivienda improvisada mientras las bombas caían sobre la cercana Milán supuso una experiencia formativa para Berlusconi. No había cumplido los siete años cuando abandonaron la ciudad. No les sobraba el dinero. Su padre había huido cruzando la cercana frontera con Suiza. Así que su madre, que había dado a luz hacía poco a su hermana Antonietta, pasó a ser no solo el único sustento de la familia, sino la única constante en la existencia del joven Silvio, tan incierta en todos los demás aspectos.

Al igual que muchos niños de aquella Italia destrozada por la guerra, el joven Silvio echaba una mano, recogiendo patatas por unas monedas al salir de clase y haciendo otros trabajillos esporádicos. A veces se encargaba también de conseguir la cena para la familia, que en una región ganadera como aquella consistía a menudo en yogur o leche mezclada con polenta o con pan desmigado.

—Por aquel entonces —recuerda Berlusconi— iba todas las tardes a una granja cercana a ayudar a ordeñar las vacas. Tardaba hora y media o dos horas y me pagaban con un cubito metálico lleno de una cosa que llamaban *cajada*, una sustancia espesa parecida al yogur. Todas las noches volvía a casa andando y me divertía haciendo girar el cubo como un molinillo, en un círculo de 360 grados, y la fuerza de la gravedad hacía que no se derramase. Pero me acuerdo de que una vez me encontré con unos amigos de camino a casa y quise presumir ante ellos, enseñarles cómo lo hacía girar sin que se vertiese nada. Entonces uno me agarró del codo y se me cayó todo al suelo. Al llegar a casa aquella noche, mi madre me echó una bronca tremenda porque no teníamos nada más para cenar.

Por las noches, aunque el pueblo estaba a cuarenta y cinco kilómetros de Milán, Berlusconi veía la lejana ciudad en llamas al

otro lado de los valles y los campos; barrios enteros ardiendo tras un bombardeo, todo bien visible desde la campiña.

Este peligro físico tan real explica por qué la familia al completo temía por el ir y venir diario de Rosa Berlusconi al trabajo, pero Rosa era, sin duda alguna, una mujer de carácter decidido, tan tozuda como acabaría siéndolo su hijo, incluso valiente en ocasiones. Es más, durante la visita oficial de Berlusconi a Israel en 2010, el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, contó una anécdota al respecto en la *Knéset* (el Parlamento de Israel).

Durante los dos últimos años de guerra, con las celebérrimas leyes raciales de Mussolini de 1938 todavía vigentes y gran parte de Italia controlada por los nazis, se detuvo a miles de judíos, que fueron enviados a campos de concentración en Alemania.

—Mi madre cogía el mismo tren todas las mañanas, como todos los que iban a trabajar, así que los pasajeros se conocían las caras bastante bien —recuerda Berlusconi—. En una parada se subió un policía fascista armado, vio a una jovencita y dijo: «¡Ah, estás ahí! Llevo un tiempo buscándote. Ven conmigo». Estaba claro que era judía y que si se iba con el policía, era casi seguro que acabaría en un campo de concentración. Mi madre le plantó cara y dijo: «No, déjela en paz, haga como que no la ha visto». El policía le dijo que se callara la boca. «Siéntese o le pego un tiro», le dijo. Pero mi madre, sin moverse, replicó: «Venga, máteme, pero mire a su alrededor, mire las caras de toda la gente que va en este tren. Puede matarme, pero le prometo que no saldrá de él vivo». Los demás pasajeros se pusieron en pie y rodearon al policía, que los miró y comprendió que, aunque matase a mi madre, lo superaban en número y lo machacarían. Se bajó del tren y la muchacha se salvó.

Netanyahu contó aquella historia en el Parlamento israelí y añadió: «Con su firmeza, la mujer italiana salvó a la joven judía, y por un breve instante desprendió un rayo de luz humana y de valentía en medio de la gran oscuridad que cubría toda Europa.

Aquella valiente mujer se llamaba Rosa, y uno de sus hijos se llama Silvio Berlusconi».

Tras contar esta historia, Berlusconi inspira profundamente y hace una pausa. Parece que estos recuerdos de su infancia en la Italia en guerra lo reconfortan, como si rememorarlos fuese una especie de terapia, y comienza a hablar con cierta pasión.

—Mi madre era una inspiración para mí, pero yo echaba mucho de menos a mi padre —dice—. Todos notamos su ausencia durante la guerra. Estuvo fuera los tres años que vivimos en aquel pueblo. Recuerdo que, los domingos, mi abuela me llevaba a misa a una pequeña iglesia rural, y en una ocasión había un hombre sentado un par de bancos delante de mí y su cogote y el cuello de la camisa me recordaron tremendamente a mi padre, al menos desde atrás. Y me acuerdo de que mi abuela y yo nos pasamos un mes o así sentándonos todos los domingos detrás de aquel hombre, y cada vez que lo veía me ponía a llorar en silencio, porque echaba muchísimo de menos a mi padre. Al terminar la guerra, muchos italianos que habían cruzado la frontera suiza volvieron a casa, pero mi padre fue de los últimos en regresar. Recuerdo las caminatas que me pegaba todas las tardes, sobre las seis, hasta la parada de bus más cercana para ver a los pasajeros que se bajaban. Pero mi padre nunca estaba entre ellos, y cada noche me volvía a casa llorando. Así estuve semanas y semanas, hasta que una noche por fin llegó. Se bajó del bus y nos abrazamos, y luego celebramos una fiesta fantástica en la familia. ¡Mi padre había vuelto a casa por fin! Es fácil imaginar lo que significa, para un niño que acababa de cumplir los diez años, estar privado de su padre durante tres años, y además en medio de una guerra.

Había llegado 1946, la guerra se había terminado y también los años de vida precaria en el campo, de ratear comida, de esperar que su familia volviera a reunirse. Sin embargo, es evidente que la experiencia le infundió al niño un fuerte instinto de supervivencia, además de dotarlo de cierto carácter.

—La verdad —recuerda Berlusconi— es que en aquella escuelita rural no me querían mucho. A los niños de la zona no les gustaba que nosotros, los niños milaneses evacuados, anduviéramos con ellos, que ocupáramos espacio en la escuela, que siempre estuviéramos buscando comida y cosas así. Había entonces un dicho bastante vulgar en el dialecto local que decía «*Milanesi mangia fistun va fora di cujun*», lo que traducido viene a decir «Milaneses, daos el bote». Había un abusón en el colegio que la tenía tomada conmigo. Una vez me tiró a la nieve, otra me azuzó un perro... Cosas por el estilo. Hablo de cuando estaba en segundo de primaria. Un día de junio hubo una tormenta de verano tremenda, llovía a cántaros. Estábamos en el pueblo, que se encuentra al pie de unas colinas. El colegio estaba en la zona alta y la iglesia estaba abajo. Sólo había dos calles empedradas que bajaban por la ladera. No había alcantarillado ni sumideros, así que cuando llovía mucho, el agua bajaba como un torrente y la zona baja de la *piazza* se inundaba. Aquel día, como siempre, aquel chaval me estaba insultando y haciéndomelo pasar mal. No se me olvidará nunca porque fue la primera vez que decidí plantarle cara y la mitad de los niños del colegio habían hecho corrillo alrededor. Aquello parecía un duelo en el O.K. Corral. Nos peleamos y forcejeamos, rodeados de los demás niños del colegio, y al final conseguí dominarlo y meterle la cabeza en el agua. Le grité: «¡No te atrevas a volver a mandarme a la mierda! ¿Entiendes? Y ahora di "Me rindo"». Gritó «Me rindo», admitió su derrota y lo dejé ir.

Berlusconi gesticula como un mimo, interpretando la escena como si todavía le estuviera metiendo la cabeza en el agua a aquel abusón. Al proclamar su victoria se le ilumina la cara con su característica sonrisa de mil vatios por primera vez en este recorrido por los recuerdos de su infancia.

—A partir de aquel momento —dice— me consideraron un líder, y así ha sido el resto de mi vida.

Cuando la familia Berlusconi regresó por fin a Milán tras finalizar la guerra, sus padres decidieron enviarlo a un colegio católico de la zona, concretamente un colegio de los salesianos. No era raro que muchas familias de la Italia de posguerra confiasen a los salesianos la escolarización de los niños de once o doce años. Las familias más acomodadas y aristocráticas mandaban a sus hijos a colegios de jesuitas, pero si no pertenecías a ese grupo social o si vivías en el lado incorrecto de las vías del tren, te tocaban los salesianos.

Desde los once hasta los dieciocho años, Silvio Berlusconi fue al colegio salesiano Don Bosco, que quedaba a cosa de un kilómetro de su casa en la vía Volturno.

Giovanni Melchiorre Bosco fue un sacerdote católico del siglo XIX, conocido como Don Bosco. Fue, sobre todo, educador y escritor, y pasó gran parte de su vida en la ciudad industrial de Turín, donde dedicó su existencia a la educación de niños de la calle y jóvenes delincuentes, además de otros niños desfavorecidos. Sus métodos didácticos se basaban en la disciplina estricta y en la educación clásica, llena de latín, deportes de equipo y oración.

Don Bosco era devoto de san Francisco de Sales, un noble del siglo XVI que fue educado por los jesuitas y conocido como «el santo de la amabilidad». Don Bosco fundó la Familia Salesiana en 1859 para ayudar a los niños y jóvenes pobres hijos de la Revolución industrial. En el acta fundacional de los salesianos se describe la misión de la sociedad como «la perfección cristiana de sus miembros, obtenida por medio del ejercicio de la caridad espiritual y material hacia los más jóvenes, en especial los pobres, y la formación de los niños hacia el sacerdocio».

Algunos de los internos más famosos de las escuelas salesianas del siglo XX han sido el cineasta Alfred Hitchcock, Benito Mussolini y el actual papa Francisco.

A quienes asistían a las escuelas salesianas, al menos en sus inicios, les esperaban disciplina, rigor y una buena dosis de castigos físicos.

Hitchcock, que siempre fue algo excéntrico, no pasó más que una semana en el colegio salesiano de Battersea, en el sur de Londres, donde ingresó a los nueve años. En 1908, cuando su padre fue a visitarlo y descubrió que los padres salesianos tenían por sistema purgar los males físicos y morales de los niños aliñando las cenas con fuertes dosis de laxantes, sacó al joven Alfred del colegio de inmediato.

Al parecer, la rudeza de los curas del colegio salesiano italiano al que asistió Mussolini marcó profundamente la formación de este. Recalcitrante y rebelde, se sentía una víctima acosada en la escuela, donde los sacerdotes lo colocaban en lo más bajo del escalafón y lo humillaban en clase, durante las comidas e incluso a la hora de acostarse. Cuando aún no llevaba dos años en los salesianos, y sin haber cumplido todavía los once de edad, Mussolini se metió en una pelea brutal con otro alumno, sacó un cuchillo y se lo clavó en la mano. A causa de aquello lo clasificaron como violento e incontrolable, y no tardaron de expulsarlo del colegio. En contraste con los casos anteriores, en 1949, otro alumno de los salesianos vivió una experiencia mucho más agradable: un chaval argentino llamado Jorge Mario Bergoglio, que sesenta y cuatro años después se convertiría en el papa Francisco. En sexto de primaria, Bergoglio asistió al colegio salesiano Wilfrid Barón, de Ramos Mejía, situado en la zona oeste de Buenos Aires. Curiosamente, casi una década después, entraría en el seminario jesuita, convirtiéndose así en un curioso caso de alumno que sería formado tanto por los salesianos como por los jesuitas, ya que normalmente las familias eligen a unos o a otros.

Más adelante, el papa Francisco recordaba con estas palabras el tiempo que pasó en el colegio salesiano: «Lo era todo para mí, nos metían de lleno en la preparación para la vida. Los días volaban y no nos aburríamos nunca». El papa habla de largos días que comenzaban con la misa matinal, seguida de clases, una comida rápida, más clases, un recreo con los curas, deberes

y luego el «buenas noches», ritual para los internos por parte del sacerdote más veterano, y después, luces fuera. El papa recuerda sobre todo que se les inculcaban «los valores sociales de la vida en comunidad».

Los sentimientos de Berlusconi eran parecidos. Destacaba que «de los salesianos de Don Bosco aprendí el valor que tiene en la vida el ser capaz de relacionarse y llevarse bien con todo el mundo».

Sus caracteres, sus vidas y sus carreras no podrían ser más dispares, pero Berlusconi tiene casi la edad exacta del papa Francisco; ambos nacieron a finales de 1936, y ambos asistieron, a la edad de doce años, a un colegio salesiano.

—Los ocho años que estudié en los salesianos fueron la experiencia formativa más importante de mi vida —dice Berlusconi—. La disciplina era muy estricta. Estábamos en el colegio desde las ocho y media de la mañana hasta las cinco de la tarde. Íbamos a misa todas las mañanas. Yo era monaguillo. Después teníamos las clases, de latín, griego antiguo, matemáticas o literatura, y luego una hora para comer a mediodía. Cuando por fin nos íbamos a casa a las cinco o cinco y media de la tarde, siempre nos llevábamos un montón de trabajo para el día siguiente. No era fácil, ni siquiera para alguien como yo, así que tenía que estudiar todas las noches hasta más o menos las nueve, que era cuando mi padre volvía del trabajo después de echar un montón de horas. Como me había faltado tres años durante la guerra, siempre esperaba ansioso a que llegase. Tengo recuerdos maravillosos de aquello porque cada noche, cuando llegaba a casa, daba igual si había tenido un día bueno o malo, si estaba preocupado o triste, cuando se abría la puerta del piso era un momento feliz. Siempre nos hacía sentir bien. Yo siempre decía que mi padre llevaba los bolsillos llenos de rayos de sol.

Los compañeros de clase del Berlusconi estudiante lo recuerdan como un alumno inteligente que ya entonces mostraba un gran espíritu emprendedor, un adolescente que terminaba los

deberes enseguida y, tras acabar, con frecuencia ayudaba a otros compañeros a cambio de caramelos o unas monedas.

Fue en el instituto de los salesianos donde conoció, a los doce años, a su amigo de la infancia: Fedele Confalonieri. Estudiaron siete años juntos y estaban destinados a ser grandes amigos de por vida. Confalonieri, un año más joven que Berlusconi, acabaría convirtiéndose en su alter ego, en su consejero principal y, en última instancia, en el jefe de su imperio televisivo y el presidente de su grupo financiero, Fininvest.

A finales de la década de 1940 volvían juntos andando a casa todos los días, porque vivían en la misma calle, a solo unos portales el uno del otro.

Berlusconi recuerda que conoció a Confalonieri un día que estaban en misa en el colegio.

—Eran las ocho y media de la mañana —dice— y yo ya estaba tocando el órgano en misa y dirigiendo a los niños del coro. Pues aquel día entró Fedele, y desde el principio quedó claro que tocaba el órgano mucho mejor que yo porque iba a clases en el conservatorio, así que le dejé a él la tarea.

Por su parte, Confaloniero recuerda a su amigo como un *showman* nato.

—Siempre nos estaba divirtiendo, era realmente encantador, actuaba en las obras del colegio, escribía para el periódico y, por supuesto, en el instituto de los salesianos iba a misa a diario. Íbamos a la capilla todas las mañanas, cosa que, sinceramente, era un poco demasiado para unos adolescentes. Pero diría que lo primero que nos unió fue la música. Hacíamos sesiones de improvisación. Yo tocaba el órgano o el piano y él cantaba, sobre todo canciones estadounidenses. Se notaba que siempre quería agradar a los demás, siempre quería divertirnos.

Cuando le menciono aquello, Berlusconi se queda con la mirada perdida, aparentemente absorto en sus recuerdos por un momento.

—Sí —dice al fin—, Fedele estaba al teclado, era lo suyo. Pero yo empecé a especializarme en los discursos de bienvenida para las visitas importantes que venían al colegio; a veces un obispo, otras un cardenal. Me convertí en el maestro de ceremonias, el encargado oficial de los discursos del alumnado. Mis profesores estaban muy satisfechos con mis intervenciones. Alguna vez incluso di algún discurso de bienvenida totalmente en latín. Para algo estudiamos ocho años de latín y cinco de griego antiguo. Era un buen colegio y si no te comportabas, te expulsaban, así que teníamos que estudiar mucho.

Berlusconi vuelve a mostrar su sonrisa juguetona.

—Mi familia era bastante grande —explica— y entre mis tías y mis primas había ocho monjas en la familia. ¡Ocho monjas! Y algunas vivían en un convento que quedaba cerca del instituto de los salesianos. Así que cuando visitaba el colegio un cardenal o un obispo y yo me encargaba de las presentaciones, solían venir y se sentaban entre el público. Al terminar, una me llevaba aparte y me decía una cosa que me repetiría varias veces a lo largo de los años: «¡Mira que serías un cardenal guapo!».

Se ríe a carcajadas de la anécdota que acaba de contar, hasta el punto de que casi no le salen las palabras.

—La única prima que me queda y que también es monja, como las otras, se me acercó una vez después de un discurso público, muchos años después y me dijo: «¡Qué gran papa habrías sido!». Y he de decir que el papa actual lo está haciendo exactamente como lo habría hecho yo. Pero hay que admitir que, aunque somos casi exactamente de la misma edad, creo que todavía parezco más joven que él.

Silvio Berlusconi es irrefrenable. Incorregible.

Antes de que Confalonieri y él se graduasen en el instituto de los salesianos ya se habían metido en el sector del espectáculo: en su último curso formaron un grupo de cinco integrantes.

—Él era el maestro y tocaba el piano, y yo era el vocalista principal y tocaba el contrabajo y la guitarra —rememora Berlus-

coni—. Teníamos bolos sobre todo los sábados por la noche y los domingos por la tarde. Eran bolos muy buenos y ganábamos bastante dinero. Éramos de verdad muy buenos.

Siempre competitivo. Siempre el mejor. Siempre el número uno.

El nuevo grupo, capitaneado por Silvio al contrabajo y Fedele al teclado, parecía la vocación natural de este par de encandiladores de los salesianos. De hecho, Confalonieri, el viejo amigo de la infancia de Berlusconi, confirma que este era un cantante más que decente:

—Sí, Berlusconi tenía buena voz. Era todo un cantante melódico ya desde muy joven —dice—. Tocábamos todas las melodías románticas italianas y él incluso escribía canciones de amor. Además, cantaba muy bien en francés e incluso en inglés, era bastante moderno para los años cincuenta, estaba a la última. Entonces tocábamos en salas de baile, eran como las discotecas de entonces, salvo que en aquellos tiempos nos íbamos a cama a medianoche y hoy en día a las doce todavía no ha llegado nadie a la discoteca.

»Después pasamos a tocar en clubs de Milán, y también en ocasiones especiales, como fiestas y bodas. Y sí, la verdad es que ganábamos bastante dinero. Berlusconi cantaba una versión magnífica de *My Funny Valentine*, cantaba muchas canciones de George Gershwin, como *Embraceable You* y *Lady*, *Be Good* o *I Got Rhythm* y *The Man I Love*. Además tenía todo un repertorio de éxitos de Frank Sinatra, y también cantaba temas de Jerome Kern y de Rodgers y Hammerstein, y todos los éxitos de los musicales de Broadway. Cuando teníamos dieciocho o diecinueve años podíamos permitirnos comprar un montón de discos con lo que ganábamos. ¡Y pensar que hoy se puede descargar toda esa música gratis!

Cuando por fin se graduaron, los dos amigos optaron por estudiar Derecho en la Universidad de Milán, pero continuaron con su faceta de artistas a media jornada casi hasta cumplir los veintiún años.

Pese a la creencia extendida en Italia, Confalonieri nunca acompañó a Berlusconi en sus actuaciones en cruceros, según él, «porque se marea». Sin embargo, la separación musical que se produjo entre ambos al cabo de un par de años de universidad no se debió a los cruceros.

—Siempre hemos seguido siendo amigos —dice Berlusconi—, pero Fedele es un tipo muy crítico, a veces es durísimo, así que siempre discutimos. Hemos discutido por el fútbol, por la música, por muchas cosas. Es más, cuando teníamos unos veinte años, estando ya en la universidad, él estaba a cargo de nuestra orquestita y me despidió.

La explicación que Berlusconi procede a dar dice mucho de la sangre de comerciante que ya de joven le corría por las venas:

—Me despidió porque, según él, me pasaba demasiado tiempo con el público, con la gente que estaba en la pista, y no lo suficiente tocando. Intenté explicarle que lo que hacía era puro marketing y que las relaciones públicas eran importantes y útiles, que lo que pretendía era que la gente viniese a escucharnos a nosotros y no se fueran a otra parte. Pero él quería que tocase el contrabajo porque le encantaba como lo tocaba. Por cierto, que a veces también tocaba la batería, la guitarra e incluso el piano de vez en cuando, pero él decía «Silvio, te necesito en el contrabajo». Así que un día tuvimos una pelea tremenda en la que me acusó de dedicar demasiado tiempo a las relaciones públicas y muy poco a tocar el contrabajo, y acabó por despedirme. Como si nada. Por supuesto, me fui a tocar a otra banda y al cabo de tres semanas todo el mundo venía a verme tocar a mí y Fedele acabó yendo a tocar a Beirut, ¡al Líbano!

Cuando su amigo lo despidió, Berlusconi empezó a trabajar las temporadas de verano para Costa Cruceros, primero como cantante melódico y luego como chico para todo. Ya había trabajado a tiempo parcial de fotógrafo de bodas y de vendedor de aspiradoras. Pero en su faceta de cantante melódico cursi, el hom-

bre que se hace llamar «seductor nato» perfeccionó a base de bien su labia, entreteniendo a los pasajeros a bordo de los grandes cruceros que surcaban los mares con las cubiertas abarrotadas de abuelitas de cabello azulado y parejas de luna de miel.

—Al principio tocaba el contrabajo en una orquesta llamada The Lambro Jazz Band, en honor al río Lambro, que atraviesa Milán. Había cinco músicos y yo acabé siendo el vocalista principal. Además, todas las noches, a medianoche, había un espectáculo en la cubierta principal del barco titulado en francés *Une Voix et Une Guitare* [Una Voz y Una Guitarra]. ¡Ese era yo! Era todo un *showman*. Tenía un repertorio de ciento cincuenta canciones y aceptaba peticiones del público. Incluso me inventaba canciones de la nada, por ejemplo, para halagar a una mujer hermosa. Siempre se me dio bien escribir letras y también rimar. Me lo pasaba de muerte.

Berlusconi se ríe otra vez, recordando sus noches de cantante melódico de crucero.

—Trabajaba mucho en aquellos cruceros porque empezaba por las mañanas en la cubierta de juegos, organizaba todas las actividades. Luego, por las tardes, cuando el barco atracaba en algún puerto y la gente desembarcaba para visitar la ciudad, me transformaba en guía turístico, aunque en la mayoría de los casos ni siquiera había visitado la zona; me leía información sobre el lugar y hacía de guía. Por la noche volvía a la orquesta y tocábamos desde las nueve hasta medianoche para que los pasajeros bailasen, y luego, de las doce hasta las tres de la mañana, volvía a ser el solista de *Une Voix et Une Guitare*. No paraba en todo el día.

Berlusconi dice que cantaba bastantes canciones de Frank Sinatra, pero que su auténtica pasión eran las canciones de amor francesas.

—Al principio me especialicé en canciones italianas, Fedele escribía la música y yo las letras, pero me encantaba el repertorio francés. Me encantaban las canciones de amor francesas. Supongo que es porque estuve un tiempo en París antes de terminar De-

recho en Milán, antes de licenciarme. Hice un curso de Derecho Comparado en La Sorbona. Allí en París trabajé a media jornada cantando en un cabaret. Era una maravilla; me encantaba. Pero a mi padre no le hizo mucha gracia que no volviese a Milán al terminar el curso; no paraba de pedirme que dejase París y volviese a casa.

Berlusconi se inclina hacia mí, buscando un efecto dramático.

—Una noche que estaba cantando en el cabaret se presentó allí, de incógnito. Se quedó allí plantado, mirándome desde el fondo de la sala mientras actuaba. Cuando terminé y cayó el telón y yo volví al camerino, apareció en la puerta y me dijo: «¿Piensas ser cantante de cabaret el resto de tu vida?», y supe que tenía que dejarlo. Nos dimos un abrazo y a la mañana siguiente nos fuimos de París. Regresé a Milán, terminé la carrera y puse fin a mis días de cantante.

Entonces ocurrió lo que posiblemente el padre de Berlusconi esperaba que ocurriese si el chaval retomaba sus estudios. En cuanto se licenció en la Universidad de Milán, a la edad de veinticinco años, Silvio Berlusconi comenzó a desplegar un talento natural para los negocios. Dio el salto de *showman* a joven emprendedor. Adaptó sus dotes para el espectáculo a los negocios. Se convirtió en un negociador de veintitantos años. Y siendo Silvio Berlusconi, no estaba pensando a pequeña escala.

El cantante melódico de cruceros estaba a punto de convertirse en el joven magnate de Milán.